

## **EL GIRO**

Publicado por: Manuel Acuña

Publicado el : 16-5-2012 20:39:22

Romancero de la Guerra de Independencia

I

Medio oculta entre la selva  
como un nido entre las ramas,  
y medio hundido en el fondo  
tranquilo de una cañada,  
allá por aquellos tiempos  
hubo en Landín una casa  
que no por ser tan sencilla  
ni de un fecha tan larga,  
era menos pintoresca,  
ni tampoco menos blanca.  
Sombrea su puerta un olmo  
de hojosas y verdes ramas,  
punto de citas de todas  
las aves de las montañas;  
y en uno de sus costados,  
brotando límpida y clara,  
estaba entre los terrones  
y entre las hierbas el agua,  
de noche siempre tranquila  
y eternamente callada.  
Apenas el sol naciente  
filtraba por sus ventanas,  
cuando estremeciendo el aire,  
sonaban dulces y claras,  
la voz de una cuna hablando  
de cuanto los niños hablan;  
la voz de una madre, rica  
de sentimientos y de alma,  
y la voz de un hombre que era  
la eterna voz de la patria,  
soñando ya con sus glorias  
y ya con sus esperanzas.  
Tez cobriza como aquellos  
primeros hijos de Anáhuac,  
que tantas veces hicieron  
temblar de miedo a la España,  
cuando la España atrevida  
midió con ellos sus armas;  
fuerte y ágil como todos

los hijos de las montañas;  
como un labriego, robusto;  
como un patriota, entusiasta;  
como un valiente, atrevido,  
y como un joven, todo alma,  
el hombre de aquellas selvas,  
el hombre de aquella casa,  
era el eterno modelo  
de esas figuras sagradas  
que en el altar de los siglos  
hacen un Dios de una estatua.  
Veinticinco años apenas  
por ese tiempo contaba,  
y de sus nobles heridas  
la suma aún era más larga,  
que no hubo por el Bajío  
ningún combate ni hazaña  
donde su ardor no estuviera  
donde faltara su lanza,  
ni donde al grito de muerte  
sus huellas no señalara  
con el licor de sus venas  
o el de las venas extrañas.  
Y allí tranquilo y oculto  
su triste vida pasaba,  
lamentando en su impotencia  
la esclavitud de la patria  
que renunciando a la lucha,  
renunciaba a la esperanza:  
cuando una mañana, a la hora  
que el último sueño marca,  
despertó oyendo a lo lejos  
un ruido confuso de armas;  
y adivinando al instante  
la suerte que le amagaba,  
bajó del lecho al influjo  
de una decisión extraña;  
besa en los labios a su hijo,  
besa en la frente a su amada,  
clava los ojos ardientes  
en la entreabierta ventana,  
y al ver por sus enemigos  
ya casi envuelta su casa,  
salta a las rocas, y entre ellos  
se escapa por la montaña.

II

Aún no se alzaba del todo

la niebla de la mañana,  
y aún no acertaban a darse  
cuenta de tamaña audacia  
los sitiadores furiosos  
que sorprenderle esperaban,  
cuando al galope y bajando  
camino de la cañada,  
vieron venir a lo lejos  
un grupo de gente armada,  
compuesto de ocho jinetes  
y el hombre que los mandaba;  
en mayor número que ellos  
y con superiores armas,  
seguros de la victoria  
fácil que se les aguarda,  
todos empuñan las riendas,  
todos afirman la lanza,  
todos ven al enemigo  
todos miden la distancia,  
y en silencio y todos ellos  
prontos a ponerse en marcha,  
sólo esperan a que llegue  
la hora de entrar en batalla.  
Los insurgentes en tanto  
viendo las huestes contrarias,  
más de coraje la encienden  
y más de amor la entusiasman,  
y ansiosos de dar su sangre  
por la salud de la patria,  
sobre el caballo inclinan,  
la floja rienda adelantan,  
y fijos los barboquejos  
y el sombrero hacia la espalda,  
entre la niebla y el polvo  
corren, y vuelan y avanzan,  
siguiendo entre los peñascos  
al hombre de la cañada.  
Y ya los de Bustamante  
su primer paso avanzaban,  
anhelando en su impaciencia  
cómo acortar la distancia  
que la interpuesta colina  
con un recodo aumentaba;  
cuando de pie en lo más alto  
de las rocas escarpadas,  
vieron alzarse a un jinete  
que con voz sonora y clara,  
"Yo soy el Giro –les dijo,  
-si al Giro es a quien aguardan;

y el que lo busque que venga  
si tiene honor y tiene alma,  
que a todos espera el Giro  
frente a frente y cara a cara"-  
Dijo: y los fieros dragones  
al grito de "¡Viva España!"  
como un solo hombre treparon  
hasta donde el Giro estaba  
dispuesto como los suyos  
a sucumbir por la patria. . .  
Y fue la lucha, y terribles  
al dar la espantosa carga,  
insurgentes y realistas  
ardiendo en cólera y rabia,  
se entremezclaron sedientos  
de victoria y de matanza. . .  
Quiso la triste fortuna  
favorecer a la España,  
el brillo de sus fulgores  
negándole a nuestras armas,  
que ya de los insurgentes  
uno tan sólo quedaba  
a caballo todavía,  
pero ya herido y sin armas.  
Era el Giro, que entre doce  
dragones que le rodeaban,  
sin rendirse al desaliento  
ni inclinarse a la desgracia,  
luchaba y arremetía  
contra el que más se acercaba,  
convirtiendo a su caballo,  
a un tiempo en escudo y arma.  
Por fin un brazo atrevido  
clavó en su pecho una lanza,  
perder haciéndole el poco  
aliento que le quedaba;  
pero él aunque ya en el suelo,  
con fuerza siempre y con alma,  
coge la lanza, del pecho  
sin vacilar se la arranca,  
y estremecido y al grito  
de independencia y de patria,  
de pie sobre los peñascos  
a sus contrarios aguarda;  
y después de herir a todos  
los que acercársele ensayan,  
hace huir a los restantes  
que ante heroicidad tamaña  
se alejan, y desde lejos

lo rematan a pedradas.

III

Mártir, que toda tu sangre  
supiste dar por la patria;  
tú, de los desconocidos  
que murieron por salvarla,  
¡gracias por tu fortaleza,  
por tu sacrificio, gracias!

## HOJAS SECAS

I

Mañana que ya no puedan  
encontrarse nuestros ojos,  
y que vivamos ausentes,  
muy lejos uno del otro,  
que te hable de mí este libro  
como de ti me habla todo.

II

Cada hoja es un recuerdo  
tan triste como tierno  
de que hubo sobre ese árbol  
un cielo y un amor;  
reunidas forman todas  
el canto del invierno,  
la estrofa de las nieves  
y el himno del dolor.

III

Mañana a la misma hora  
en que el sol te besó por vez primera,  
sobre tu frente pura y hechicera  
caerá otra vez el beso de la aurora;  
pero ese beso que en aquel oriente  
cayó sobre tu frente solo y frío,  
mañana bajará dulce y ardiente,  
porque el beso del sol sobre tu frente  
bajará acompañado con el mío.

IV

En Dios le exiges a mi fe que crea,  
y que le alce un altar dentro de mí.  
¡Ah! ¡ Si basta no más con que te vea  
para que yo ame a Dios, creyendo en ti!

V

Si hay algún césped blando  
cubierto de rocío  
en donde siempre se alce  
dormida alguna flor,  
y en donde siempre puedas  
hallar, dulce bien mío,  
violetas y jazmines  
muriéndose de amor;

yo quiero ser el césped  
florido y matizado  
donde se asienten, niña,  
las huellas de tus pies;  
yo quiero ser la brisa  
tranquila de ese prado  
para besar tus labios  
y agonizar después.

Si hay algún pecho amante  
que de ternura lleno  
se agite y se estremezca  
no más para el amor,  
yo quiero ser, mi vida,  
yo quiero ser el seno  
donde tu frente inclines  
para dormir mejor.

Yo quiero oír latiendo  
tu pecho junto al mío,  
yo quiero oír qué dicen  
los dos en su latir,  
y luego darte un beso  
de ardiente desvarío,  
y luego. . . arrodillarme  
mirándote dormir.

VI

Las doce. . . ¡adiós. . .! Es fuerza que me vaya  
y que te diga adiós. . .  
Tu lámpara está ya por extinguirse,  
y es necesario.

-Aún no.-

Las sombras son traidoras, y no quiero  
que al asomar el sol,  
se detengan sus rayos a la entrada  
de nuestro corazón. . .

-Y, ¿qué importan las sombras cuando entre ellas  
queda velando Dios?

-¿Dios? ¿Y qué puede Dios entre las sombras  
al lado del amor?

-¿Cuando te duermas ¿me enviarás un beso?

-¡Y mi alma!

-¡Adiós. . . !

-¡Adiós. . . !

## VII

Lo que siente el árbol seco  
por el pájaro que cruza  
cuando plegando las alas  
baja hasta sus ramas mustias,  
y con sus cantos alegre  
las horas de su amargura;  
lo que siente por el día  
la desolación nocturna  
que en medio de sus angustias,  
ve asomar con la mañana  
de sus esperanzas una;  
lo que sienten los sepulcros  
por la mano buena y pura  
que solamente obligada  
por la piedad que la impulsa,  
riega de flores y de hojas  
la blanca lapida muda,  
eso es al amarte mi alma  
lo que siente por la tuya,  
que has bajado hasta mi invierno,  
que has surgido entre mi angustia  
y que has regado de flores  
la soledad de mi tumba.

Mi hojarasca son mis creencias,  
mis tinieblas son la duda,  
mi esperanza es el cadáver,  
y el mundo mi sepultura. . .  
Y como de entre esas hojas  
jamás retoña ninguna;  
como la duda es el cielo  
de una noche siempre oscura,  
y como la fe es un muerto

que no resucita nunca,  
yo no puedo darte un nido  
donde recojas tus plumas,  
ni puedo darte un espacio  
donde enciendas tu luz pura,  
ni hacer que mi alma de muerto  
palpite unida a la tuya;  
pero si gozar contigo  
no ha de ser posible nunca,  
cuando estés triste, y en el alma  
sientas alguna amargura,  
yo te ayudaré a que llores,  
yo te ayudaré a que sufras,  
y te prestaré mis lágrimas  
cuando se acaben las tuyas.

VIII

1

Aún más que con los labios  
hablamos con los ojos;  
con los labios hablamos de la tierra,  
con los ojos del cielo y de nosotros.

2

Cuando volví a mi casa  
de tanta dicha loco,  
fue cuando comprendí muy lejos de ella  
que no hay cosa más triste que estar solo.

3

Radiante de ventura,  
frenético de gozo,  
cogí una pluma, le escribí a mi madre,  
y al escribirle se lo dije todo.

4

Después, a la fatiga  
cediendo poco a poco,  
me dormí y al dormirme sentí en sueños  
que ella me daba un beso y mi madre otro.

5

¡Oh sueño, el de mi vida



más santo y más hermoso!  
¡Qué dulce has de haber sido cuando aun muerto  
gozo con tu recuerdo de este modo!

## IX

Cuando yo comprendí que te quería  
con toda la lealtad de mi corazón,  
fue aquella noche en que al abrirme tu alma  
miré hasta su interior.  
Rotas estaban tus virgíneas alas  
que ocultaba en sus pliegues un crespón  
y un ángel enlutado cerca de ellas  
lloraba como yo.  
Otro tal vez, te hubiera aborrecido  
delante de aquel cuadro aterrador;  
pero yo no miré en aquel instante  
más que mi corazón;  
y te quise tal vez por tus tinieblas,  
y te adoré, tal vez, por tu dolor,  
¡qué es muy bello poder decir que el alma  
ha servido de sol. . .!

## X

Las lágrimas del niño  
la madre enjuga,  
las lágrimas del hombre  
la seca la mujer. . .  
¡Qué tristes las que brotan  
y bajan por la arruga,  
del hombre que está solo,  
del hijo que está ausente,  
del ser abandonado  
que llora y que no siente  
ni el beso de la cuna,  
ni el beso del placer!

## XI

¡Cómo quieres que tan pronto  
olvide el mal que me has hecho,  
si cuando me toco el pecho  
la herida me duele más!  
Entre el perdón y el olvido  
hay una distancia inmensa;  
yo perdonaré la ofensa;  
pero olvidarla. . . ¡jamás!

## XII

¡Ah, gloria! ¡De qué me sirve  
tu laurel mágico y santo,  
cuando ella no enjuga el llanto  
que estoy vertiendo sobre él!  
¡De que me sirve el reflejo  
de tu soñada corona,  
¡cuando ella no me perdona  
ni en nombre de ese laurel!

La que a la luz de sus ojos  
despertó mi pensamiento,  
la que al amor de su acento  
encendió en mí la pasión;  
muerta para el mundo entero  
y aun para ella misma muerta,  
solamente está despierta  
dentro de mi corazón.

## XIV

El cielo muy negro, y como un velo  
lo envuelve en su crespón la oscuridad;  
con un sombra más sobre ese cielo  
el rayo puede desatar su vuelo  
y la nube cambiarse en tempestad.

## XV

Oye, ven a ver las naves,  
están vestidas de luto,  
y en vez de las golondrinas  
están graznando los búhos. . .  
El órgano está callado,  
el templo solo y oscuro,  
sobre el altar. . . ¿y la virgen  
por qué tiene el rostro oculto?  
¿Ves?. . . en aquellas paredes  
están cavando un sepulcro,  
y parece como que alguien  
solloza allí, junto al muro.  
¿Por qué me miras y tiembles?  
¿Por qué tienes tanto susto?  
¿Tú sabes quién es el muerto?  
¿Tú sabes quién fue el verdugo?